

LIBROS



«**LOS NAUFRAGOS DE LAS AUCKLAND**»
François Édouard Raynal
JUS EDICIONES
197 páginas,
19 euros

Sobre el autor

François Édouard Raynal (1830-1898) llevó una vida repleta de grandes aventuras marítimas. Llegó a ser administrador de una plantación en las Islas Mauricio y también buscador de oro en Australia. A su regreso a Francia, trabajó como funcionario del gobierno.

Ideal para...

conocer las formas de supervivencia en un entorno duro, sobre todo teniendo en cuenta cómo actúa el factor humano para el bien común y la salvación.

Un defecto

El prólogo, por lo demás excelente, u otro apartado, podría haber incidido más en otro documento, el diario de un compañero de Raynal que también apareció publicado.

Una virtud

El libro está muy bien ilustrado, con fotos, mapas y dibujos en torno al mundo marítimo de Oceanía. Hay imágenes de los restos del barco naufragado.

Puntuación: 10



Tom Hanks en «Náufrago» (2000), versión moderna del mito de Daniel Defoe y las historias de supervivientes

Como el Quijote, Hamlet, Fausto o Don Juan, Robinson Crusoe es mucho más que un personaje literario. Se trata de un arquetipo, un ícono social y cultural, un mito que ha traspasado el mundo de la ficción narrativa para incluso nutrir el lenguaje. Así, en el Diccionario de la Lengua Española, encontramos «robinson», «robinsonismo» y «robinsoniano», dos sustantivos y un adjetivo pertenecientes a aquel que, «en la soledad y sin ayuda ajena llega a bastarse por sí mismo». Y esto es lo que le había ocurrido al marino escocés Alexander Selkirk, el verdadero naufrago en que Daniel Defoe basó su inmortal relato de aventuras (publicado en 1719) y al que habían abandonado por indisciplina en una isla desierta.

Defoe conoció el suceso gracias a un libro titulado «Crucero alrededor del mundo» de un capitán llamado Woodes Rogers, y su instinto periodístico le despertaría la suficiente curiosidad para conocer la peculiar historia al completo e inventar un relato después de pedirle consejo a un

«Los naufragos de las Auckland» relata la aventura de los cinco marineros de la goleta «Grafton», que sobrevivieron durante veinte meses perdidos en unas islas en las condiciones más extremas

LOS ROBINSONES QUE COMÍAN LOBOS MARINOS

librero de confianza. Éste le orientó sobre la longitud que debía de tener la novela, confirmando que un libro semejante podría resultar atractivo para una gran cantidad de lectores que buscaba nuevos entretenimientos, literatura de evasión. Defoe sabía, como todo el mundo, que la novela era un género secundario, pero su fina intuición detectó que muy bien podría ser el vehículo para exponer sus ideas mo-

ralizadoras y puritanas a partir de un hombre que se superaba a sí mismo.

Porque Robinson, por supuesto, ejemplifica al hombre que lucha con un entorno natural inhóspito y que ha de fabricarse una civilización a su manera, construyéndola de la nada e incluso integrando en ella a un indígena, lo cual simboliza el colonialismo e imperialismo británico. Dadas estas premisas pedagógicas, no es

extraño que J. J. Rousseau recomendara vivamente la novela a los jóvenes, afirmando que era una «obra básica de toda educación». Y en esa intención educativa también cabría colocar este notable libro de François Édouard Raynal, «Los naufragos de Auckland» (traducción de Pere Gil, prólogo de Alfredo Pastor) al ser la demostración de que, como aquel Robinson real convertido en ficción, se podía sobrevivir tras una tragedia en condiciones de aislamiento extremas, y levantar una cabaña, aprender a subsistir en una naturaleza salvaje, soportar el abatimiento de tanta soledad y falta de recursos de toda clase.

EL CLIMA MÁS HOSTIL

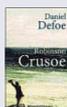
Y es que una noche de 1864, los cinco hombres que integraban la tripulación de la Grafton, una goleta mercante, naufragó en las costas de Nueva Zelanda, hallando no obstante refugio en un islote deshabitado. El capitán australiano Thomas Musgrave, el jovencísimo marinero británico George Harris, el noruego Alexandre Mac-Laren, el cocinero portugués Henri Forjés, y Raynal, administrador de una plantación en Isla Mauricio, soportarían veinte meses en las islas Auckland con un clima hostil y, en un ejemplo de resistencia y confianza memorable, salvarían sus vidas y podrían retomar sus asuntos. En el caso del autor del libro, volvería a su añorada Francia, de la que estaría alejado veinte años, para atender a sus padres, a los que quiso ayudar desde adolescente para darles una existencia hogada haciéndose marinero e incluso buscador de oro en Australia, todo lo cual le había llevado a sufrir indecibles padecimientos.

El deseo de la expedición de la Grafton era encontrar cierta isla en que podía haber una mina de estaño argentífero o, en el peor de los casos, suficientes focas con las que conseguir aceite y pieles. Pero el fuerte viento y las olas arrastraban la goleta hasta hacerla chocar contra unos peñascos y naufragar. A partir de ese momento Raynal

LECTURAS RELACIONADAS



«**MANUAL DEL PERFECTO AVENTURERO**»
P. MacOrlan, Jus Eds. 104 págs., 9,50 eur.
Este libro es una joya dirigida a los que desean vivir grandes aventuras de forma moderada. El nombre del autor es el seudónimo de Pierre Dumarchey, un soldado francés.



«**ROBINSON CRUSOE**»
Daniel Defoe, Alianza. 416 págs., 11,50 eur.
Las aventuras del naufrago más famoso se publicaron en 1719, por un Defoe acostumbrado a la observación y la reconstrucción de los hechos, tarea propia como periodista.



«**RELATO DE UN NAUFRAGO**»
G. G. Márquez, Debolsillo. 176 págs., 4,95 eur.
Reportaje novelado que cuenta la historia de Luis Alejandro Velasco, quien tuvo una fama polémica, al probarse que el barco naufragado llevaba mercancía de contrabando.

se convertiría en un líder que, lejos de resignarse a sufrir un destino fatal e inevitable, se esforzará no sólo en la creación de un microcosmos que proporcione a su tripulación seguridad, calor, incluso comodidad, sino en dirimir las diferencias que irán surgiendo en una situación claustrofóbica pero en la que el autor, gracias a su fe en Dios, consigue encontrar fuerzas y esperanzas, y lo más importante, contagiar estas a sus compañeros. La razón se impone al caos; la inventiva a la poderosa naturaleza; la fe en uno mismo a la tristeza.

Entre ruidosos leones marinos e inmensas moscas azules, en unas Auckland donde «la humedad, las tempestades y las nieblas reinan casi sin interrupción», Raynal escribe un diario (Musgrave también hizo lo propio, y lo publicó en 1866) y, muy bregado en el pasado como trabajador de la tierra en las condiciones más duras, emprende todo tipo de iniciativas. Fabrica jabón, hace de un poco de harina y mostaza su farmacia y siempre está atento a

«HARINA Y MOSTAZA ERAN SU FARMACIA Y APRENDIERON A FABRICAR JABÓN PARA LAVAR SU ROPA»

que se imponga la fraternidad, sabedor de que las enemistades tendrían consecuencias desastrosas, de tal modo que instaura la figura de «un cabeza de familia que atemperase la autoridad legal» como juez paternal, como un hermano mayor.

El grupo, pues, firma una especie de constitución para «mantener el orden y la unión entre nosotros, con tacto pero también con firmeza», y se organizan para tener abundante leña y hacer la colada cada lunes, entre otras interminables tareas. Al final, construirán una barca con la que huir, padeciendo hambre y tormentas, hasta la salvación final cinco días más tarde en lo que fue una aventura convertida en crónica que, como en el caso robinsoniano, también inspiraría literatura. Nos referimos a «La isla misteriosa» (1874), en la que Jules Verne narró cómo cinco marineros, tras huir de la Guerra de Secesión, logran sobrevivir en un lugar lleno de fenómenos enigmáticos.

Toni MONTESINOS

NOVELA
 «EL CRIMEN DEL CONDE NEVILLE»
 Amélie Nothomb
 ANAGRAMA
 120 páginas, 14,90 euros

GUATEQUE CON CADÁVER INCLUIDO

Prolífica, pero no superficial; sencilla, pero no por ello menos profunda, la obra de Amélie Nothomb (escritora en lengua francesa, desdoblada en Fabienne Claire Nothomb, nacida en Bélgica en 1966, y Amélie Nothomb, nacida en Kobe, Japón, en 1967) tiene el secreto encanto de los tiempos actuales: ofrece historias de su propia cosecha biográfica y combina en ellas, en un tono a veces tan cómico como siniestro, costumbres de época, fábulas sociales a mitad de camino entre la risa, la crítica y el sarcasmo. Todo enfundado, además, en un lenguaje llano, sin ríos ni sobresaltos. Vigésima cuarta novela de esta autora que pasó su infancia y adolescencia en China y Japón (donde su padre fue embajador) en «El crimen del conde Neville», Nothomb peregna otra historia breve y sencilla y lo hace, en este caso, a partir de un hecho extraño: el conde Neville, que ha perdido a su hija menor, Sériouse, una adolescente con cierta predisposición a la insensibilidad que se había escapado del castillo familiar, acude a la casa de la vidente, que la había rescatado del frío, en medio de la noche del bosque. Cuando el conde se va de allí junto a su hija, se va, también, con un presagio que escucha de labios de la vidente, quien le anuncia que pronto dará una gran fiesta en el castillo y que, durante esa gran fiesta, matará a un invitado. A partir de ese presagio, Nothomb se introduce en el ambiente de esa excéntrica familia de clase y, mientras se encamina hacia el desenlace, pinta una mirada personal sobre la frivolidad del ambiente, sobre el mundillo de las apariencias. Nothomb describe a una familia que, a pesar de sus apuros económicos (el conde ha pensado, incluso, poner en venta el castillo), desea mantener su posición sea como sea, aún a costa de seguir celebrando la fastuosa fiesta, donde se sirve comida en bandejas de plata porque ser noble, como señala alguien en la novela, «significa tener menos derechos que los demás y tener muchos más deberes».

Una familia unida alrededor de un conde y sobre cuya conciencia pende el presagio de una vidente y el destino de acabar cometiendo un crimen. Es posible que la intención primera de Nothomb al escribir esta novela haya sido mostrar el mundo pequeño y algo decadente de la nobleza en el que ha crecido, enmarcado, a su vez, en «El crimen de Lord Arthur Savile», donde Oscar Wilde diseccionó también la aristocracia de su época. El resultado, en cualquier caso, es una historia original, sencilla, pero que, bajo su aparente sencillez, esconde un universo de confesiones insospechadas, una superficie de risas y sarcasmos bajo la cual hay frivolidad, vacío, nada.

Diego GÁNDARA

«GAUDÍ, SÍMBOLOS DEL ÉXTASIS»
 César García Álvarez
 SIRUELA
 140 págs., 17,95 €

César García Álvarez traza los sutiles hilos que unen al genio de Reus con el sentimiento estético presente en las obras de coetáneos suyos como Proust, Oscar Wilde, Nietzsche y Thomas Mann; sin perder de vista el papel «fundamental» del símbolo en Gaudí, el cual revela su profunda relación con la tradición hermenéutica que funde el cristianismo con el romanticismo.



«OTRA MODERNIDAD...»
 Humberto Beck Malpaso
 MALPASO
 160 págs., 16,50 €

El pensamiento de Iván Illich centra la atención de «Otra modernidad es posible». Décadas después de la publicación de los textos del pensador austriaco, Beck los rescata en un momento en el que, dice, «alcanzan su verdadera legibilidad». Illich dejó una de las críticas más potentes contra las prácticas que llamamos «modernidad» y algo que hoy es más urgente: la promesa de una sociedad más habitable.



Escapa rate

«MIERDA DE MÚSICA»
 VV. AA.
 BLACKIE BOOKS
 144 páginas,
 16,90 euros

Un año después de «Música de mierda», Blackie Books publica la secuela de aquel ensayo para mantener vivo el debate sobre los prejuicios del pop. Hasta doce autores (Rodrigo Fresán, Marina Garcés, Nacho Vegas...) se reúnen en este volumen para hablar del clasismo, el amor, el odio y el buen gusto del género. Desde el concepto de autenticidad de las chupas de cuero a Enrique Iglesias convertido en «rey» de La Habana.



«CUATRO MENDRUGOS DE...»
 M. Hollander-Lafon
 ED. PERIFÉRICA
 160 págs., 16 €

Magda Hollander-Lafon fue una adolescente húngara que, cuando Europa ardía por todos sus poros, quedó confinada en Auschwitz-Birkenau. Era 1944 y la protagonista era consciente de una experiencia que ahora relata, a sus 90 años, en «Cuatro mendrugos de pan», los que le dio una moribunda mujer en el propio campo de concentración. «Una meditación sobre la vida y no un testimonio», dicen, J. H.

